

La cabra de los mandados

(Cuento).

El cura del pueblo había ido envejeciendo, aunque él no quería reconocerlo. Pero ahora ya le pesaban los años. Ya no podía ir por todos los caseríos de la montaña oficiando los servicios religiosos. Mina, su fiel cocinera, le aconsejó que comprara un buen caballo, porque ya a su edad lo necesitaba. El padrecito se escandalizó al oír esto, alegando que un caballo era demasiado caro, un lujo que él no se podía permitir. Pero después de mucho discutir convino en que buscaría una mula.

El domingo siguiente el padre se fue al mercado. Anduvo de un lado a otro viendo animales y preguntando precios. Finalmente se decidió por un mulo. Era un animal bonito y fuerte y no le costó tanto. El padre estaba contento. Había hecho un buen negocio.

En el mercado andaban vagabundeando tres amigos. Eran tres redomados sinvergüenzas que siempre andaban buscando la manera de engañar a la gente. Cuando vieron la compra que había hecho el padre, uno de ellos se volvió a sus amigos diciéndoles:

—Hay que quitarle ese animal al padre. Y van a ver qué bien lo hacemos; nos entregará el mulo por su propio gusto.

Rápidamente se fueron al camino y se pusieron a una distancia de quince minutos uno del otro. Cuando el padre pasó por donde estaba el primero, éste lo saludó diciéndole:

—Buenos días, padrecito, ¿qué andaba haciendo en el mercado? ¿Le fue bien?

—Sí, gracias, muy bien —contestó el padre—. Vea qué mulo más bonito el que compré.

—¿Eso es un mulo? —preguntó el sinvergüenza—. ¡Ay, y yo que



creí que era un burrito!

—¿Por qué creyó que era un burrito? —dijo el padre.

—Pues por chiquitillo y feíto.

Al padre se le comenzó a bajar el entusiasmo. Ya no estaba tan orgulloso de su compra. Cuando pasó por donde estaba el segundo amigo, éste le preguntó después de saludarlo:

—¿Para adónde camina con ese pobre animal enfermo?

—¿Y por qué cree que está enfermo? —preguntó el padre.

—Pues porque lo veo renquear y veo que se le doblan las patas.

El padre sintió como que le echaban un balde de agua fría. Por hacerle caso a Mina había gastado tontamente su dinero.

Rumiando sus pesares llegó donde estaba el tercero de los amigos, quien después de preguntarle de dónde venía le dijo:

¡Ay padrecito!, me temo que lo estafaron. Ese animal no le va a durar mucho tiempo. Vea que le cuelgan las orejas, toda la cabeza la tiene gacha, le vendieron un animal enfermo.

El padre no esperó a oír más. Cogiendo al mulo de las riendas se lo entregó al tipo diciéndole:

—Tome, llévese este animal. No quiero volver a saber de él.

El padre llegó a la casa muy triste y le contó a Mina todo lo sucedido. Mina comprendió al momento que el buen padre había sido engañado y le dijo:

—Mire padrecito, usted será muy capaz en las cosas de Dios, pero en las cosas de este mundo le falta mucho. ¿No se da cuenta que esos tipos son unos grandes sinvergüenzas y le quitaron su mulo a la pura brava?

El padre comprendió que Mina tenía razón y que era hora de darles una lección a los tres sinvergüenzas. Pasó la noche pensando y al día siguiente ya tenía un buen plan. Se fue adonde un finquero vecino que tenía dos cabritas gemelas y lo convenció de que se las vendiera. Eran unas cabritas muy lindas: blancas y completamente iguales.

Al domingo siguiente el padre se fue con una de las cabritas



al mercado. Allí estaban como siempre los tres sinvergüenzas. El padre hizo lo propio para que lo vieran y luego compró un diario fino: compró carne, harina, huevos, canela, azúcar molida y en fin, un montón de cosas. Todo eso lo cargó en la cabrita, se lo amarró bien y le dijo:

—Ahora sí, cabrita, váyase a la casa y le dice a Mina que quiero que me prepare dos queques y que cocine la pierna de chancho porque voy a tener invitados.

Los tres sinvergüenzas estaban mirando y no entendían lo que estaba ocurriendo. Mucho menos cuando el padre soltó a la cabra y le dijo que se fuera rápido para la casa.

La cabra salió en carrera y, dicho sea de paso, nunca más se volvió a encontrar. No faltó alguien que la atajara de camino y se quedó con todo y la carga.

Los sinvergüenzas, muy intrigados, se acercaron al padre y le preguntaron:

—¿Qué anda comprando esta vez, padrecito? ¿No le podemos ayudar en algo?

—No, no —dijo el padre—. Ya compré la lista que Mina me encargó. Es que vamos a tener una fiesta en casa y si ustedes no tienen nada que hacer, me gustaría que vinieran también.

Los tres sinvergüenzas aceptaron encantados, pues era mucha la curiosidad por saber qué había pasado con la cabra, y se fueron con el padre hacia su casa. Al llegar allá vieron la otra cabra, que ellos creyeron era la misma que habían visto en el mercado, amarrada del cerco. El padre llamó a Mina y le dijo:

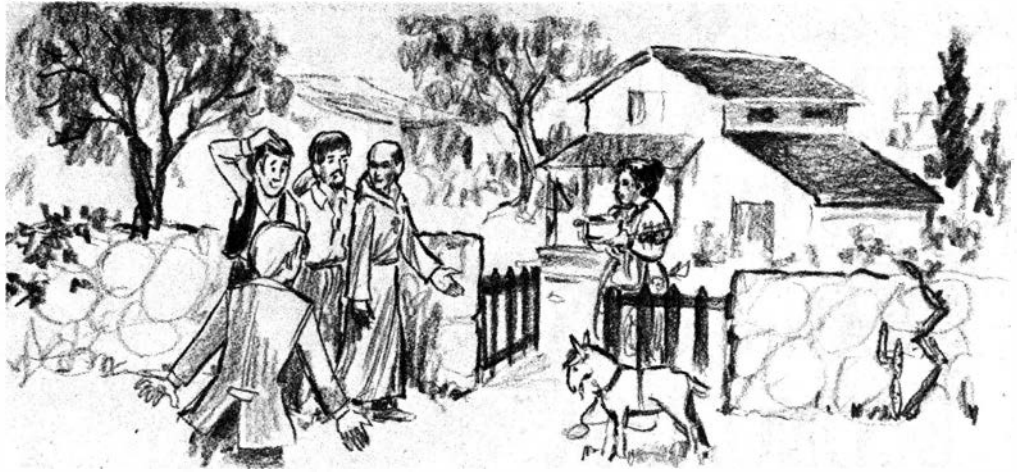
—¿Entendió bien el recado que le mandé?

Como Mina ya estaba de acuerdo, le respondió:

—Ah sí, perfectamente. La cabra me dijo que había que hacer dos queques y cocinar la pierna de chancho. En esas estoy.

—Los sinvergüenzas encontraron que esa cabra valía una fortuna y que de cualquier manera había que quitársela al padre. Pero como no querían perder ni un minuto le ofrecieron comprarla. Primero le ofrecieron 50 monedas de oro, pero el padre no quiso oír hablar del asunto. Lue-





jo le ofrecieron 100 y el padre dijo que tal vez. Finalmente conviniere en 150. Los sinvergüenzas pusieron las monedas en la mesa y se fueron felices. Cuando iban saliendo, el padre les gritó:

–Puede ser que los primeros días la cabra no funcione, pero es porque se extraña. Pero por ahí de los tres o cuatro días ustedes verán qué bien les hace los mandados.

–No se preocupe, padrecito, que nosotros tenemos paciencia –le respondieron.

Pero no tenían paciencia y al día siguiente les dijeron a sus mujeres:

–Vamos a ir a traer el diario al mercado y lo vamos a mandar con la cabra.

Y en verdad se fueron al mercado y se dieron cuatro gustos comprando. Compraron gallinas, chanco y todo lo que se les antojó. Después comenzaron a cargar todo en la cabra y de una vez le iban haciendo los encargos: “Decile a mi mujer que la gallina la quiero en chicha”. “A la mía decile que quiero la pata de chanco al horno”. Y dale con los recados, hasta que la carga quedó bien amarradita. Entonces le dijeron a la cabra:

–Ahora sí, corra y váyase directo a la casa.

Claro que esta vez pasó lo mismo que con la otra cabra: no llegó a la casa nunca. Al mediodía los sinvergüenzas llegaron a la casa muertos de hambre y preguntando:

–¿Ya nos prepararon la comida como les mandamos a decir con la cabra?

–¿Cuál cabra, tontos? –dijo una de las mujeres–. Sólo a ustedes se les ocurre que la cabra iba a venir con un recado.

Dicen que al darse cuenta de que habían sido burlados por el padre, los sinvergüenzas no se volvieron a ver por el pueblo. Seguramente se fueron a hacer sus fechorías a otra parte.